deplora las calamidades que arruinaban la Italia por causa de las invasiones de los Lombardos, de la peste y de las plagas de todas clases: *Ubique mors, ubique luctus, ubique desolatio* (S. Greg. *Opp.*, t. I, pág. 1.569). Casi en la misma época se fija la peregrinación del sacerdote Juan, enviado á Roma por Teodelinda, para traer á esta reina de los Lombardos aceites de las santas tumbas. En el número de estos aceites figuran, como ya lo hemos indicado, los de Petronila, Nereo y Aquiles, contenidos en una misma ampolla con los de las basílicas de Dámaso, Marco y Marceliano, que eran vecinas de las de Petronila.

Durante todo el curso del siglo VII fué visitada esta basílica por una multitud de peregrinos de todas las naciones, y en particular de las Galias, de la Germania y de la Bretaña. Esto es lo que atestiguan los antiguos itinerarios impresos en el tomo I de la *Roma sotterranea cristiana* (pág. 180 y sig.).

Pero las devastaciones llevadas á cabo en 755 por los Lombardos en los cementeries y en las basílicas de los alrededores de Roma, obligaron al Papa Pablo I, inmediatamente después del restablecimiento de la paz, á trasladar á lugar seguro las reliquias de los Santos mas ilustres, y una de las primeras de estas traslaciones fué la del cuerpo de Santa Petronila. En el Vaticano fué levantada una tumba para recibir estos preciosos despojos. Esto es lo que explica por qué no se encontró ningún vestigio de su sepultura en las ruinas de la basílica construída en 752 por Esteban II, en un lugar llamado Mausoleo, *in loco qui Mausoleon appellatur* (*Lib. pont. in Steph.*, II). Este mausoleo, convertido por este Pontífice en iglesia de Santa Petronila, no es más que la tumba de Honorio y de María, su esposa, en el cual fué encontrado en el siglo XVI todo el *mundo mujeril*, *mundus muliebris*, de esta Princesa (véase nuestro artículo *Objetos encontrados en las tumbas cristianas*, 2.º).

Ningún documento histórico ni epigráfico autoriza á pensar que las reliquias de Nereo y Aquiles habían sido sacadas entonces de sus primitivas sepulturas, para ser trasladadas á la ciudad. Todo lo que sabemos positivamente es que en 1213 fueron depositadas en San Adriano, en el Forum (Baron. *Ad martyrol.*, 12 *maii*). El cardenal Baronio, titular de la iglesia de los Santos Nereo y Aquiles, *intra muros*, consiguió del Papa Clemente VIII que sus reliquias, así como las de Domitila, fuesen concedidas á su título, restaurado por él con mucha magnificencia; y el gran analista quiso que el cortejo triunfal, organizado por sus desvelos, pasara bajo los arcos de los emperadores de la familia Flavia, á fin de comprobar la alta nobleza de Domitila, de la raza de los Vespasianos.

Desde el siglo VIII hasta el descubrimiento hecho en nuestros días, la serie de los hechos relativos á la basílica de Petronila ha quedado envuelta en la más completa obscuridad.

III. Como lo hemos dicho, el edificio estaba fundado en el piso segundo de la catacumba, y por consiguiente enterrado en la mayor parte de su altura, porque desde el pavimento hasta la parte superior de lo que queda, el monumento mide todavía una elevación de siete metros. Pero por su cima salía del suelo y recibía la luz por ventanas practicadas en la parte superior de los muros, exactamente iguales á la que se ve todavía en la basílica de Santa Inés en la vía Nomentana.

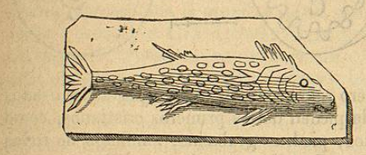
El área de la basílica, según M. Lefort en la *Revue archéologique* (Junio 1874, pág. 373), donde el lector encontrará una descripción completa del monumento, está contenida en un pentágono irregular y dividido en dos partes desiguales; la primera sección, rectangular, contenía á la derecha una cámara cuyo destino es difícil determinar, mientras que lo restante debía formar una especie de vestíbulo desde el cual se penetraba en la iglesia; la segunda sección, que constituye la iglesia propiamente dicha, está dividida en tres naves y separada de la precedente por un muro que tiene tres huecos correspondientes á cada una de las tres naves.

Toda la parte del edificio que sobresalía del terreno está desplomada, habiéndose encontrado el interior lleno de escombros. Sin embargo, la parte adosada á la roca viva, es decir, los muros del ábside y el perímetro del templo, se hallan intactos, pero enteramente desnudos: se supone con mucho fundamento que estas paredes estaban barnizadas de un *intonaco* y decoradas con pinturas, cuya pérdida sería tanto más deplorable, cuanto que se fijarían en la misma fecha que los más bellos monumentos del arte cristiano del siglo IV, por ejemplo, el admirable mosaico de Santa Pudenciana.

¿A qué causas debe atribuirse la destrucción del monumento? Difícil sería contestar á esto. No parece, por lo menos, que esta sensible ruina sea obra de los hombres, porque en el interior se encuentra cada objeto en el sitio donde había caído. M. Miguel De'Rossi lo atribuye á un temblor de tierra; el edificio, según él había sido muy perjudicado por los terremotos del siglo V, y consumada su ruina por los del IX.

PEZ (SÍMBOLO).—De todos los símbolos de la primitiva Iglesia, ninguno fué de uso más vulgar ni más universal que el *pez*. Está empleado como metáfora en el discurso, por los Santos Padres y los demás escritores eclesiásticos, figurado como fórmula misteriosa en los monumentos de todas clases, ya por la inscripción de su nombre griego, ΙΧΘΥϹ, ya por su figura pintada, grabada ó esculpida, ya, en fin, por la reunión del nombre y de la figura,

como en este curioso anillo encontrado cerca de Roma (De'Rossi. *Bull.* 1873, pl. IV, V), y en el que el mismo pez ocupa el lugar de la inicial I de la palabra ΙΧΘΥϹ. Se comprende, pues, que no se trata aquí, ni de los peces que, en diversas épocas, debieron entrar, para la fidelidad histórica, en la representación de ciertos hechos evangélicos, ni de los que los artistas han puesto en sus diversas composiciones como simples motivos de ornamentación; sino más bien, y únicamente, del pez aislado, trazado con una intención simbólica, bajo el imperio de la disciplina del secreto, particularmente sobre las tumbas y las piedras anulares, por los cristianos de los cuatro primeros siglos (véase De'Rossi. *De Christ. monum.* ΙΧΘΥϹ *exhibent*, in t. II, *Spicil. Solesm.*). Luego en el pensamiento de nuestros padres, este símbolo tuvo una doble aplicación: Cristo y el cristiano.



I. Sea casualidad, sea providencial disposición, sucede que la palabra griega ΙΧΘΥϹ, que significa pez, facilita las iniciales de las cinco palabras Ἰησοῦς, Χριστὸς, Θεοῦ, Υἱὸς, Σωτήρ, ó sea, en español: JESUCRISTO HIJO DE DIOS SALVADOR. ¿Cómo y por quién fué descubierto este enigma? Difícil sería responder á esta pregunta: se supone que pudo venir de Alejandría, donde, habiendo procurado algunos cristianos sustituir prontamente con un nuevo acróstico á los que, al decir de Cicerón (*De divin.*, II, 54), formaban las *suturas* de los versos atribuídos á las sibilas, sorprendieron sus elementos en esta palabra misteriosa. De los libros, el ἴχθυς enigmático pasaría al lenguaje vulgar de los primeros cristianos; es cierto que desde el siglo II, el sentido del pez era familiar á los fieles, puesto que San Clemente de Alejandría, que les recomienda grabar en sus sellos la figura del pez (*Pædag.*, III, 106), se abstiene de explicarles la causa. Sabemos, por lo demás, positivamente por el testimonio del autor africano anónimo del libro *De promission. et benedic. Dei* (II, 39): "Ἰχθυν, *latine piscem, sacris litteris, majores nostri interpretati sunt hoc ex sibyllinis versibus colligentes;* «la interpretación del ἴχθυς, ó pez, la han tomado nuestros padres de los versos sibilinos», y nos parece bien reproducir la explicación tan clara que San Agustín da del acróstico (*De civit. Dei*, XVIII, 25): «Si de las cinco palabras griegas que siguen, Ἰησοῦς, Χριστὸς, Θεοῦ, Υἱὸς, Σωτήρ, reunís las primeras letras, tendréis ΙΧΘΥϹ, pez, en el cual está designado simbólicamente el nombre de Cristo.»

Como quiera que sea, el descubrimiento, quizás fortuito, de una palabra que se prestaba tan maravillosamente á expresar el nombre de Jesucristo, sus dos naturalezas y su cualidad de Salvador, debió ser una verdadera revelación; y se comprende que, apoderándose de un dato tan fecundo, los Santos Padres debieron dar rienda suelta á su imaginación y á su piedad, para procurarse, en la naturaleza misma del pez, analogías con los diferentes atributos del Redentor de los hombres. Y partiendo de la suposición de que el ΙΧΘΥϹ fuese empleado ante todo como enigma, nos figuramos que la era de las interpretaciones simbólicas se abrió posteriormente. Estas interpretaciones son numerosas en los textos antiguos; nos limitaremos á indicar rápidamente las más dignas de atención.

Cristo es llamado *pez:*

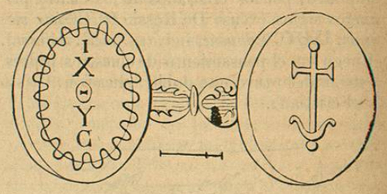
1.º *Porque es hombre.* En el lenguaje figurado de la Escritura y de la primitiva Iglesia, la vida presente es un mar: *Vbique mare sæculum legimus*, dice San Optato (III, pág. 68); y según San Ambrosio (L. IV *In Luc.*, V), los hombres son peces que nadan en este mar: *Pisces qui hanc enavigant vitam.* Un piadoso peregrino de los primeros siglos escribía esta oración en una de las paredes de la cripta de los Papas mártires en el cementerio de Calixto: «Pedid que Verecundo con los suyos haga felizmente su navegación, *bene naviget.*» Porque, al revestirse de nuestra naturaleza el Verbo se ha convertido en *pez* como nosotros; «se ha dignado estar oculto en las aguas del género humano, y ha querido sujetarse al lazo de nuestra muerte» (Greg. Magn. *Homiliar. in Ev.*, l. II. *Homil.* XXIV), *Ipse enim latere dignatus est in aquis generis humani, capi voluit laqueo mortis nostræ.* Además, obligado á pagar el impuesto, Nuestro Señor quiere que la pequeña moneda que debe entregar, se encuentre en la boca de un pez, á fin de que, siendo el pez el símbolo de su humanidad, ΙΧΘΥϹ, *in quo is erat qui tropice piscis appellatur* (Origen. *In Matth.*, *homil.* XIII, 10), se entendiera bien que pagaba el censo, no tanto como Hijo de Dios (los reyes no exigen el impuesto á sus hijos [Matth., XVII, 24]), sino como hombre.

2.º *Porque es Salvador.* El pez cogido por el joven Tobías en el Tígris, para librar á Sara del demonio y devolver la vista á Tobías su padre, ofrece una sorprendente analogía con el Salvador, quien, por el atractivo de su divina doctrina, saca al mundo de las tinieblas donde estaba sumergido, y por la virtud de su cruz, abate al demonio, dueño, hasta entonces, de la tierra. Los Santos Padres no han olvidado estas ingeniosas relaciones, y hemos elegido, entre otras muchas, la explicación de

San Optato de Milevo (L. III, *adv. Parmen.*, c. 2). A propósito del tributo pagado por Jesucristo, el anónimo africano (*loc. laud.*) dice que el pez portador del *didrachma* es la imagen de Cristo ofreciéndose PEZ para la salvación del mundo entero, *toti se offerens mundo* ἰχθύν. Con este mismo título de víctima es como se asimila también á los peces *fritos* que sirvió á siete de sus discípulos á orillas del mar de Tiberiades, porque, dice San Gregorio, cuya cita completamos aquí, «también él fué como tostado por la tribulación al tiempo de su Pasión», *quasi tribulatione assatus tempore passionis suæ*. La misma idea vemos en San Agustín (Tract. CXXIII *In Joan.*): «El pez frito, es Cristo», *piscis assus Christus est*. Y el venerable Beda (*In cap.* XXI, Joan), resumiendo la doctrina de los antiguos, ha hecho de ella un aforismo que después ha quedado en la lengua arqueológica: *Piscis assus, Christus est passus*, «¡el pez frito, es Cristo sufriendo!» El obispo Severino (véase ap. Bottari, t. III, pág. 30) cree reconocer una imagen análoga en los dos peces con que Nuestro Señor sació el apetito de 5.000 personas en el desierto. «Vengamos, pues, dice, al rey de las falanges angélicas, y encontraremos en los peces la víctima espiritual, el Salvador, el Sacerdote.» Se ha visto que el acróstico ΙΧΘΥϹ se refiere á este orden de ideas, puesto que representa á Cristo en su cualidad eminente de *¡Hijo de Dios Salvador!*

No poseemos más que un ejemplo de la reproducción íntegra del ΙΧΘΥϹ como acróstico propiamente dicho: lo facilita un mármol greco-cristiano, encontrado hace algunos años en un poliandro de Autun (véase el artículo *Acróstico*). No figura en todas partes sino como cifra ó símbolo, es decir, que las iniciales ΙΧΘΥϹ están simplemente escritas de un modo horizontal á la cabeza ó al fin de la inscripción; ó bien, si están superpuestas verticalmente (véase Fabretti, 329), las letras quedan aisladas, y sin entrar en manera alguna en la composición de las primeras palabras de cada una de las líneas del *titulus*, con el cual no pueden combinarse porque los únicos epitafios adornados con esta cifra que han llegado á nosotros, son latinos, mientras que la palabra PEZ está escrita en griego: tal es el mármol de EVTHERION (Fabretti, ibíd.); la palabra ΙΧΘΥϹ se halla escrita dos veces, horizontalmente á la cabeza del *titulus*, y verticalmente á la cabeza de las cinco líneas de que se compone. Se ha agregado una sexta letra, la N, que se interpreta por NIKA, *vince*: es una aclamación de victoria al *¡Hijo de Dios Salvador!*

Una piedra sepulcral de las catacumbas, hoy en el museo Kircher, presenta este símbolo con verdadero lujo de interesantes detalles: un ancla está grabada entre dos peces, y estos emblemas están coronados por la inscripción ΙΧΘΥϹ ZωNTωN, *piscis viventium*, lo que equivale á decir: «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador de los vivos». El ancla expresa aquí una firme esperanza en el Dios Redentor representado por el *pez*, y la unión de estos dos símbolos, unión que se reproduce con mucha frecuencia en los mármoles (De'Rossi. ΙΧΘΥϹ. *Index inscr.*, n. 47 sig.), y casi siempre sobre las piedras anulares (ídem. *Index siggill. et gemm.*, n. 83 usq. fin.), es en jeroglífico el equivalente de las aclamaciones escritas: SPES IN CHRISTO — SPES IN DEO — SPES IN DEO CHRISTO, tan comunes en los monumentos primitivos. He aquí un ópalo del museo Vettori, que tiene en una de sus caras el ΙΧΘΥϹ simbólico, y en la otra el ancla cruciforme (*Num. Or. explic.*, pág. 92).



Pero sobre todo los objetos portátiles usados por la piedad de los primeros cristianos, como anillos, piedras grabadas, amuletos de todas clases y de todas materias, marfil, nácar, esmalte y piedras preciosas, son los que reproducen el tipo del pez en condiciones propias para que resalte su fe, su confianza y su amor por el Dios Salvador. Tan pronto son peces de vidrio ó de metal, destinados á ser suspendidos al cuello, como amuletos (véase Costadoni, tav. n. II y III, 19), y de los cuales algunos llevan también las aclamaciones mas significativas. Tal es un pez de bronce sobre el cual se halla escrita la palabra ϹωϹΑΙϹ, *salva* (ídem, IV, 22), lo que, jeroglífico é inscripción reunidos,

compone esta invocación: «Jesucristo, Hijo de Dios, sálvanos», *ó Domine, salva nos*. Costadoni (XI, 35) publica una gema adornada con dos peces: tiene esta inscripción en tres líneas: ΙΧ ‖ ϹωΤΗΡ ‖ ΘΥ. Se ve que este es el símbolo ΙΧΘΥϹ, con la diferencia de que la palabra ϹωΤΗΡ, Salvador, representada en todas partes, como las demás palabras del acróstico, por su inicial C, se halla aquí escrita con todas sus letras.

En otras piedras (VII, 28), es la cruz la que, asociada al símbolo del pez, viene á completar el sentido, poniendo ante los ojos el instrumento sobre el cual se ha operado la redención. No debe, sin duda, entenderse de otro modo

la asociación del monograma de Cristo con las iniciales ΙΧΘΥϹ, interesante circunstancia que presentan unas tumbas de plomo, de Saida, en Fenicia, ilustradas por M. De'Rossi (*Bull.* 1863, pág. 85), de quien tomamos este

grabado. En una representación de la cura del paralítico (Bottari, CXCV), el artista ha tenido la ingeniosa idea de dar al espaldar de la cama la forma de un pez; luego, como encontramos el mismo tipo en un mosaico de San Apolinario de Rávena, estamos con razón autorizados para creer que no se trata aquí de un simple adorno, sino que debemos ver una alusión al divino ΙΧΘΥϹ, que se muestra ya *Salvador* al curar los males físicos de los hombres, en tanto que los rescata por la efusión de su sangre. Foggini poseía una piedra anular muy rara, en la que, según el parecer de algunos sabios (véase Mamachi. *Origin.*, I, 56), estaría representada la promesa de un redentor hecha á Adán y á Eva después de su pecado. La serpiente tentadora se muestra allí con la fatal manzana en la boca, y nuestros primeros padres están de rodillas en actitud de humillación. Un personaje profundamente inclinado extiende hacia ellos sus manos, como para levantarlos. Este personaje sería el Verbo divino, el cual, poniendo sus pies sobre un pez, indica así la naturaleza humana que él debe revestir andando los tiempos. Además, como su encarnación debía traer la salvación al mundo, sumergido en el error y en el pecado, se ha puesto al lado de este asunto principal el arca de Noé con la paloma, y además un ancla, que denota la seguridad que se daría á los que navegaban en el tempestuoso mar de este mundo. Los peces figurados sobre el disco de ciertas lámparas de arcilla (véase Perret, IV, IX, 3, pl. 19, 1) pueden aludir también á la verdadera luz que trajo Cristo al mundo por su encarnación (Joan., t. IX).

3.º *Porque se ha hecho alimento del hombre en la Eucaristía.* Estando admitido que el pez, en la lengua hablada como en la de los signos, sustituye á Jesucristo, era natural que se sirviese de este símbolo para cubrir el adorable misterio que la Iglesia primitiva trató siempre de ocultar á los profanos. Comer el pez, significa, pues, alimentarse con la carne de Cristo. Suplicamos al lector que se traslade á nuestro artículo *Eucaristía* (n. III), en donde hemos establecido, ya por los textos, ya por los monumentos figurados de la antigüedad cristiana, y en particular, por las pinturas recientemente descubiertas en el cementerio de Calixto, que el pez tenía indisputablemente una significación eucarística. Agregaremos únicamente que las cestas (véase ibíd.) que contienen el pan y el vino, los dos elementos de la Eucaristía, parecen acusar, aparte de esto, la intención de presentar á Nuestro Señor en su cualidad de instituidor del Sacramento, porque el *divino Pez* lleva estas cestas sobre su lomo, como en otra parte (véase más abajo, 5.º) sostiene el bajel de la Iglesia.

4.º *Porque es el autor del bautismo.* Se cita un jeroglífico bautismal en el que se ve un niño sentado sobre un pez (véase Polidori. *Pesce*, part. I). El niño es el bautizado, al que la Iglesia da el nombre de hijo recién nacido: *Quasi modo geniti infantes* (primer domingo después de Pascua); el pez es Cristo, autor del bautismo: *Piscis natus aquis, auctor baptismatis ipse est*, dice Orencio, obispo de Elvira ó de Auch, en 450 (*Commonit.*). San Optato de Milevo había ya expresado la misma idea un siglo antes (*Adv. Parmen.*): *Hic est piscis qui in baptismate per invocationem fontalibus undis inseritur, ut quæ aqua fuerit, a pisce piscina vocitetur;* lo cual quiere decir, que bajando Cristo invisiblemente al agua de las pilas (véase el grabado del artículo *Agua bautismal*), la santifica por su gracia y le da la virtud de purificarnos de la mancha original: *Christus est qui baptizat* (Joan., I, 33); y del misterioso pez toma este agua el nombre de *piscina*. De ahí provino la costumbre de representar peces sobre los vasos bautismales y en los bautisterios en general (véanse algunos detalles sobre este interesante asunto en nuestro artículo *Bautisterios*, VII, 2).

5.º *Porque es el fundador y el apoyo de la Iglesia.* No carecemos de textos ni de monumentos que prueban que la Iglesia fué simbolizada con frecuencia por el navío ó la barca (véanse los artículos *Iglesia* y *Navío*). Todavía resulta esto más evidente cuando la barca reposa sobre el lomo de un pez, como, por ejemplo, en una piedra anular ilustrada por Aleandro en el opúsculo bien conocido que se titula: *Nav. eccl. referent. symb.* (Roma, 1626), y en otra alhaja que publica Ficoroni (*Gemm. litter.*, tab. XI, 8). Se comprende que el pez es el mismo Cristo, sobre el cual se apoya la Iglesia para hacer frente á las tempestades.

Un sentido análogo podría, á nuestro juicio, atribuirse á una cátedra episcopal grabada sobre una gema antigua (*Saggi di dissert. dell'Academ. di Cortona*, t. VII. Dissert. III, n. XIII), y que lleva escrita en su espaldar la palabra ΙΧΘΥ por ΙΧΘΥϹ. La cátedra, jeroglífico de la enseñanza evangélica, puede también tomarse fácilmente por el de la Iglesia (véase esta gema en el artículo *Cátedra*).

II. *El pez símbolo del cristiano.* Jesucristo y sus Apóstoles eran designados á menudo con el nombre de pescadores, y figurados como tales (véase el artículo *Pescador*), y por tanto se hizo natural llamar peces á los hombres convertidos á la fe cristiana por el divino cebo de la palabra. Este calificativo fué inspirado por las historias de pescas, tan frecuentes en

el Evangelio, y particularmente por la pesca milagrosa, con la que Nuestro Señor quiso poner la realidad junto á la figura (Luc., v, 4 sig.). Subido en la barca de Pedro, que era la imagen de su Iglesia, empieza el Maestro por pescar las almas al anunciar la buena nueva á la muchedumbre que le seguía; é inmediatamente después, hace poner á sus ojos, por sus Apóstoles, una enorme cantidad de peces, que eran la figura de las muchedumbres que ellos debían convertir un día; y con el objeto de que no pudieran equivocarse sobre la significación de este milagro, les anuncia inmediatamente que en adelante van á ser pescadores de hombres.

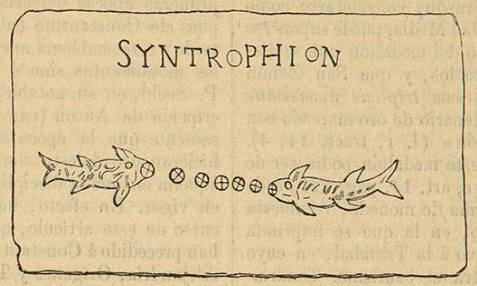
En otra parte (Matth., XIII, 4 sig.) el divino Maestro, queriendo dar á entender que entre los bautizados se encontrarían quienes no se mantendrían firmes en la gracia de su vocación, y que por esta causa los elegidos serían separados, al final de los tiempos, de los réprobos, se vale también de una parábola tomada de las costumbres de la pesca: cuando los pescadores, dice, han sacado sus redes á la orilla, arrojan al mar los malos peces y guardan los buenos. Por estas citas, á las cuales sería fácil añadir otras muchas, se ve por qué los Padres, fieles imitadores del lenguaje evangélico, empleaban con tanta frecuencia esta figura. En uno de sus himnos destinados á cantarse en coro por los fieles, San Clemente de Alejandría (*Opp.*, t. I, pág. 312, edit. Oxon.), después de haber dado á Cristo el título de *pescador de hombres*, designa con el de «*pescadores castos* á los que son atraídos por él á una dulce vida fuera de la funesta ola del mar del vicio». Tertuliano (*De baptism.*, I), por respetos al gran Pez, el pez por excelencia, que es Cristo, llama á los cristianos con un gracioso diminutivo, «pececitos», *pisciculi*: «Nosotros somos peces pequeños, puesto que por nuestro ΙΧΘΥϹ, Jesucristo, nacemos en el agua (es decir, en el bautismo), y que no podemos salvarnos sino continuando en esta agua, es decir, en tanto que perseveramos en la gracia del sacramento; cuenta San Jerónimo de un tal Benoso que se había retirado del mundo para hacer vida eremítica en una isla de la Dalmacia, que, «hijo del PEZ, que es Cristo, y por consiguiente el mismo pez, busca los lugares acuosos, *aquosa petit*». San Atanasio el Sinaíta, patriarca de Antioquía, dando á los peces el nombre de *reptiles*, según los ejemplos que facilitaban las Escrituras (véase Calmet. *Dictionn. de la Bible* en la palabra *Reptiles*), escribe que «los bautizados son *reptiles* pescados para alimento de Dios, por los que fueron otras veces pescadores y que ahora son apóstoles» (*Biblioth. PP.*, t. I. *In Hexamer.*). San Gregorio Nacianceno enseña que una es la carne de los pájaros, es decir, de los mártires, que fueron bautizados en su sangre, y otra la de los *peces*, á los cuales basta el agua bautismal, *quibus aqua baptismati sufficit* (*De resurrect.*, LII). Innumerables podrían hacerse las citas. Limitémonos á la célebre inscripción de Autun, en la cual el nombre de *pez* no sólo se da á Cristo y á la Santa Eucaristía, sino que también es atribuído por Pectorio á su padre Ascandeo.

En los monumentos figurados deben considerarse como emblema de los cristianos los peces suspendidos del anzuelo, como sobre una piedra grabada y sobre un sarcófago citados en el artículo *Pescador* (n. 1), así como también aquellos que están cogidos en una red (ibídem). Del mismo modo debe interpretarse este símbolo en un mármol publicado por Marangoni (*Act. S.* V., pág. 111), donde está grabada un ancla de pie figurando una cruz, de la cual baja una cuerda ó un sedal con un pez en el extremo. También se ha tenido la intención de representar á los cristianos en los peces que adornan los pavimentos en mosaicos de algunas iglesias antiguas (véase Costadoni, XI, 41), y en particular en los que existen en la catedral de Rávena (Montfaucon. *Antiq. expliq.*, II, 370), y que, según Ciampini (*Vet. monim.*, I, pág. 185), serían del principio del siglo V. Absolutamente en el mismo sentido, buen número de mármoles funerarios llevan esta imagen del pez en unión de la fórmula IN PACE, el de León, por ejemplo (Boldetti, 364), el de Pastor (ídem, 366), el de Melito (ídem, 409), y los de Emilio y Priscino: estos dos últimos monumentos tienen en el centro un monograma hacia el cual se dirige por un lado un pez, y por el otro una paloma (ídem, 371, 453). Algunas tumbas de Africa representan el pez en condiciones distintas de las que ofrecen los monumentos de Roma, y de Europa en general. Así, sobre un sarcófago de Sour-Ghozlan, el pez está encerrado en una especie de cartuchos (Ch. Texier. *Architect. byzant.*, pág. 35).

A veces sobre las piedras anulares, y más rara vez sobre las sepulcrales, se observa un ancla que tiene á los lados dos peces. En cuanto á las gemas, basta citar una de la disertación de Costadoni, que lleva, además del símbolo, la palabra PELAGI en leyenda (V, 25), y dos que ha publicado Munter (tab. I, nn. 1 y 2).

Respecto á la segunda clase de monumentos, indicaremos la tumba de una mujer llamada MARÍTIMA (Boldetti, 370), y la de EVTYCHIANES (ídem, 366). Los sabios no están de acuerdo sobre la interpretación de estos dos peces. Lupi, en varias de sus disertaciones, y particularmente en la que tiene por tema el

epitafio de Santa Severa, mártir (pág. 64 en nota), los considera como el emblema de la unión conyugal (Cf. *Dissert.* VI, part. I, página 236). El abate Polidori es de opinión contraria, por dos razones: 1.ª, porque algunas de estas gemas, que son *letradas* (ó inscritas), contienen un solo nombre; luego en la suposición del P. Lupi, debería haber dos: el del marido y el de la mujer, como se ven, en efecto, en los vasos de vidrio que servían en las agapas nupciales (véase Buonarruoti. *Vetri*, tav. XXI, 3, XXIV, 1, XXV, 2, y nuestro artículo *Agapas*); 2.ª, porque el ancla entre dos peces se encuentra en ciertos monumentos cuya naturaleza excluye toda idea de unión conyugal, como, por ejemplo, en el *titulus* de Marítima, ya citado, cuyos términos suponen la virginidad, más bien que el matrimonio; la difunta es llamada, en efecto, *Venerabilis*, término que en la antigüedad equivalía á *monacus* ó *monaca* (Du Cange, ad. voc. *Venerabilis*). Todo esto se aplica igualmente al mármol de *Eutychianes*.

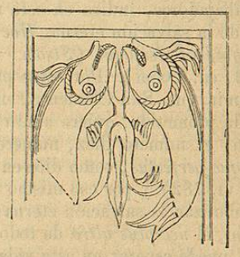


Algunas veces se ha sustituído el ancla por el monograma ó la cruz. Tenemos un ejemplo del primer asunto en Munter (l. I, n. 24): el monumento encontrado en Túnez se conserva en Danemark, y uno del segundo en una gema grabada en la disertación de Costadoni (tav. VII, 28). Polidori poseía una piedra de esta última clase. En esta dualidad, Costadoni no ve más que una cuestión de simetría; Polidori, por el contrario, cree descubrir allí un sentido misterioso. Según él, los dos peces simbolizan los dos pueblos cuya reunión forma la Iglesia primitiva, los Judíos y los gentiles: *Fecit utraque unum.* Es cierto que la dualidad aquí señalada se recuerda con mucha frecuencia en los monumentos antiguos, ya respecto á las dos ciudades típicas, Jerusalén, *Ecclesia ex circuncisione*, y Belén, *Ecclesia ex gentibus* (véase el artículo *Iglesia*), ya por dos mujeres, distinguidas por estas mismas inscripciones, y en la parte superior de las cuales están representados San Pedro y San Pablo, cada uno en el lugar que le corresponde por su vocación especial (Ciampini. *Vet. monim.*, I, XLVIII, 191, y el grabado de nuestro artículo *Iglesia*). Pero confesamos que la aplicación de los dos peces al mismo misterio no nos parece suficientemente justificada. También tenemos dificultad en admitir la explicación, muy ingeniosa á nuestro juicio, que da este sabio de las gemas donde los dos peces se hallan colocados en sentido inverso uno de otro.

Un monumento próximo á la antigüedad, si es que no pertenece á ella por completo, nos facilita un asunto que no carece de analogía con el precedente, y que es, creemos nosotros, único en su género: se trata de la antigua puerta de San Zenón de Verona, uno de cuyos compartimientos presenta, entre dos árboles cubiertos de hojas, dos mujeres lactando, una dos peces, la otra dos niños. También puede verse allí la imagen de las dos Iglesias.

Un precioso monumento descubierto hace poco en Módena, ofrece algo más sorprendente todavía: son dos peces, que tienen entre ellos siete panes divididos en cruz, de los cuales tienen ya dos en la boca (De' Rossi. *Bullet.* 1865, pág. 76). Es evidente que estos peces son dos fieles, *pisciculi*, que se alimentan con el pan eucarístico.

La mayor parte de los peces portátiles de que hemos hablado anteriormente (n. I, 2.º) son considerados, por lo general, como símbolos bautismales que se distribuían, según una costumbre muy antigua, á los nuevos cristianos (véase Allegranza. *Opusc. erudit.*, página 107), para servirles de prenda en los derechos que adquirían por el bautismo, y que eran, según la observación de Tertuliano, «la comunicación de la paz, el llamamiento de la fraternidad, la unión por el símbolo de hospitalidad, derechos todos que no se rigen por otro medio que por la única tradición de un mismo sacramento» (*Præscript.*, XX). La costumbre de decorar con peces los lugares donde se administraba este sacramento, obedece al mismo principio. Por esta razón se ven dos peces representados en dos bellos mosáicos que se han encontrado en las ruinas de un bautisterio antiguo cerca de Santa Prisca, en Roma (Lupi. *Dissert.*, I, 83), monumento que se ha



conservado en el museo Kircher. He aquí una escultura de capitel de la basílica de Tebesa

(Argelia), donde están representados dos peces. En el estado en que se hallan hoy las ruinas de esta iglesia, es difícil fijar el sitio que ocupó este capitel; pero las indicaciones que nos facilita el comandante Seriziat, que ha hecho el dibujo, nos permiten suponer que coronaban una de las columnas del bautisterio. Munter habla (pág. 49, tab. I, 26) de una tapa de vaso bautismal existente en Zelanda, sobre la cual están fijados tres peces de cobre, dispuestos en forma de triángulo. Aunque este monumento debe, con sobrada razón, considerarse como perteneciente á la Edad Media, puede suponerse que reproduce el tipo del medallón que se distribuía á los bautizados, y que San Zenón llama *denarium aureum triplicis numismatis unione signatum*, «denario de oro marcado con una triple impresión» (l. I, tract. 14, 4). Piensa Maffei que este medallón podía ser de cera (*Osservaz.*, t. VI, art. 1.º, pág. 221) ó de otra materia en forma de moneda, recubierta de una hoja de oro, en la que se imprimía algún símbolo alusivo á la Trinidad, en cuyo nombre se administra el bautismo. Tendríamos, pues, sobre la tapa citada por Munter, en la triple imagen del pez, el símbolo de los bautizados, y en la figura del triángulo el símbolo de la Trinidad (véanse los artículos *Trinidad* y *Bautisterios*).

Boldetti encontró en las catacumbas (véase página 516) tres peces de cristal que ofrecían la interesante circunstancia de tener cada uno de ellos escrita una cifra sobre su cuerpo: X, XX, XXV. Se sabe que en las Santas Escrituras los números tenían algunas veces un sentido simbólico, y varios Padres se han dedicado á explicar su valor (véase el artículo *Números*). Puede, pues, conjeturarse, que, las cifras escritas sobre estos peces tienen también su lenguaje misterioso. Y el sentido de este lenguaje podría ser un deseo de salvación eterna análogo al que se halla expresado con letras griegas sobre algunos peces de bronce: ϹΩϹΑΙϹ (véase más arriba, n. I, 2.º). El valor decimal de estos números recuerda, en efecto, un pasaje de San Clemente de Alejandría, donde este Padre, á propósito del denario que, en la parábola evangélica, el dueño de la viña distribuye á sus trabajadores, indica en esta moneda el símbolo de la salvación eterna: *Hoc est salutis quam significat denarius* (*Strom.*, l. IV, página 580, ed. Oxon). Por estas palabras, es de presumir que San Clemente, en lugar de la moneda prometida, quiere aludir á su valor numérico, el número diez, número perfecto, *undequaque perfectus*, como dice en otra parte (*Strom.*, VI, 782), y por eso mismo muy apto para simbolizar la salvación eterna, que es la perfección, el *nec plus ultra* de todo lo que el cristiano puede esperar en esta vida y poseer en la otra. San Agustín manifiesta que es del mismo parecer, cuando á la recompensa que nos está reservada en el Paraíso, *cum fuerit de spe facta res*, da el nombre de *denarium*, y cuando asigna por causa de esta atribución el número diez, del cual se deriva la palabra *denarium: qui accipit nomem a numero decem* (*Tract.* XVII. *In Joan.*).

En una sabia disertación que hemos citado varias veces, M. De'Rossi ha establecido, con la claridad y la erudición que le caracterizan, que el empleo de la figura del pez, ó de su nombre ΙΧΘΥϹ, como símbolo ó arcano, es una práctica casi exclusivamente propia de las primeras épocas del cristianismo y que después de Constantino (algo más pronto ó más tarde) este emblema apenas aparece ya sobre los monumentos sino á título de adorno. El P. Sechi, en su notable trabajo sobre la inscripción de Autun (pág. 28), observa juiciosamente que la época en que los cristianos hicieron uso de este símbolo es precisamente aquella en que la disciplina del secreto estaba en vigor. En efecto, ha podido verse en el curso de este artículo, que los escritores que han precedido á Constantino, San Clemente de Alejandría, Orígenes y Tertuliano, se contentan con indicarlo y enseñarlo, pero sin dar su explicación, mientras que los otros, San Optato de Milevo, y mejor todavía San Agustín, explican claramente el misterio; pasado el peligro, el arcano no tenía razón de ser (véanse los artículos *Delfín*, *Pescador* y *Eucaristía*).

PHIALA.—Véase el artículo *Cantharus*.

PHILACTERIOS.—Véanse los artículos *Amuletos* y *Volúmenes*.

PIES DEL SOBERANO PONTÍFICE (Acto de besar los).—I. La costumbre de besar los pies del Soberano Pontífice se remonta al origen mismo del cristianismo. Según Baudoin (*Calceus antiq.*, pág. 225), el término *adorare*, que propiamente hablando significa acercar alguna cosa á la boca, *ori admovere*, se emplearía en la antigüedad para designar este acto de respeto, y cuantas veces el Evangelio especialmente lo adopta para expresar el homenaje tributado, ya á Nuestro Señor, ya á sus Apóstoles, es probable que no tenga otro sentido. Así es como el jefe de la sinagoga y la hemorroisa «adoraron» al Salvador prosternándose delante de él y besando sus pies (Marc., V, 23, 26). El mismo honor se tributó á los Apóstoles, y en particular á San Pedro cuando hizo su entrada en Cesárea, por el centurión Cornelio (*Act.*, X, 25 sig.): *Obvius venit ei et procidens ad pedes ejus adoravit.*

La historia eclesiástica del siglo I ofrece multitud de ejemplos análogos. Así leemos en las actas de los mártires Hipólito, Eusebio y sus compañeros, que padecieron en Roma, que más de una vez ellos y los otros fieles se prosternaron á los pies del Papa San Esteban.

También se cuenta en las actas de Santa Susana, de los esposos Claudio y Pedeiña (Ap. Baron., m. 204, n. 8), que habiendo sabido la mujer la conversión de su marido, salió al encuentro del Papa Cayo, se prosternó á sus pies, los besó y solicitó por sí misma su iniciación en la fe: *Et ad pedes procidens eosque* EX MORE *exosculata, œque se ad fidem recipi postulavit.* Este hecho, probado respecto á los principios del siglo III, y además por las palabras *ex more*, demuestra que esta mujer no hizo más que conformarse con una costumbre ya establecida.

Los datos de la liturgia concuerdan aquí con los de la historia. En un antiguo orden romano que se cree haber sido recogido por San Gelasio, y donde se describen los ritos de los primeros siglos, vemos que en la misa pontifical, antes de leer el Evangelio, viene el diácono á besar los pies del Soberano Pontífice, *deinde diaconus osculans pedes Pontificis* (véase Pouillard. *Del bacio de'piedi de'Sommi Pontefici*, pág. 2).

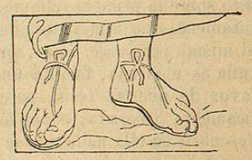
Si se recorren las Vidas de los Papas en el *Liber pontificalis*, se encuentra allí, respecto á los tiempos antiguos, ocho veces la mención de semejante homenaje tributado al Papa, tan pronto con el nombre de «adoración», tan pronto con el de «salutacion», tan pronto con el de «beso de los pies». Puede agregarse á esto el ejemplo del emperador Justino respecto al Papa Juan, *humiliavit se pronus in terram et adoravit Beatissimum Papam Joannem*, el de Justiniano respecto á Agapito, el de Justino II con el Papa Constantino, el del rey Luitprando con el Papa San Zacarías, el del rey Pipino y el de Carlomagno con Esteban II, el de Luis el Piadoso con Esteban IV, etc. (véase *Lib. pontif.* en todos estos nombres de Papas). Leemos en el mismo Libro pontifical que, en la elección de León IV en 847, se tributó el mismo honor á este Papa, «según la costumbre antigua», no sólo por el clero, sino también por todos los grandes personajes que asistieron á esta ceremonia: *Omnes pergentes cum gaudio, multaque aviditatis lœtitia..... ad Lateranense patriarchium perduxerunt,* QUI MOREM CONSERVANTES ANTIQUUM, OMNES EIUS OSCULATI SUNT PEDES.

Todavía podríamos aumentar las citas; pero bastan las que preceden para establecer la antigüedad y la perseverancia de esta costumbre respetuosa para el Soberano Pontífice, y para poner en evidencia la veneración que los emperadores, los reyes, los obispos y los fieles de todas clases profesaron siempre al Vicario de Jesucristo.

II. Pero llega el momento en que la humildad de los Papas, alarmándose de esta especie de culto tributado á su persona, reconoció la necesidad de hacerla remontar del discípulo al maestro; y para obligar á los pueblos á imprimir á su piedad una nueva dirección y más digna de ella, hicieron trazar sobre su calzado el signo augusto de la cruz. Esto es lo que Valentini observa juiciosamente en su libro especial sobre esta materia (*De osculatione pedum Romani Pontificis*, pág. 149): *Merito igitur Pontifex Maximus gentes, quas ad ipsius pedes procumbere ridebat, ad crucem Domini quam sandalis impressit, osculandam traduxit.* Este sabio habría podido agregar que San Pedro dió con esto el ejemplo á sus sucesores, cuando viendo al centurión Cornelio prosternado á sus pies, dijo, asiéndole de la mano: «Levántate, que yo no soy más que un hombre,» *surge, et ego ipse homo sum* (Act., X, 26).

No es menos cierto que primitivamente, como todavía hoy, la intención de los fieles era prestar, por el beso del pie, un homenaje personal al Vicario de Jesucristo. Para demostrar lo contrario, algunos eruditos, entre otros Angelo Rocca, han llegado á sostener que la cruz había figurado en todos los tiempos sobre el calzado de los Papas. Nosotros hemos destruído esta opinión, cuando hemos establecido, por el testimonio de los monumentos, que el hecho en cuestión no se revela sino en una época relativamente moderna.

III. Desde luego decimos que esta cuestión no podría agitarse respecto á los tiempos apostólicos; todo el mundo sabe que entonces las sandalias proscritas por el Salvador, *neque calceamenta* (Matth., X, 10), fueron el único calzado de los obispos y de los clérigos en general, como lo prueban los monumentos figurados de todas clases, vasos dorados, bajos relieves de los sarcófagos y frescos (véase en nuestro artículo *Ordenación* un Pontífice confiriendo las santas órdenes, y calzado con simples sandalias iguales á las del grabado adjunto).



El primer Papa que se ve representado con un calzado completo ó hueco, *calceus* entre los Romanos, y Ὑπόδημα κοῖλον entre los Griegos, es, según la opinión común de los arqueólogos, San Antero al recibir las Actas de los mártires de manos de los notarios apostólicos (véase el grabado del artículo *Actas de los mártires:* es un fresco del cementerio de Calixto). Luego el calzado de este Papa, elegido en 237, es cerrado y sin ningún adorno.

Hay aquí una laguna en los monumentos; pero la célebre estatua de San Hipólito, que se ve hoy en el museo de Letrán, y en la que este obispo, que vivía bajo Alejandro Severo, está representado con un calzado completo, de una tela muy fina y desprovisto de adornos, nos autoriza á creer que los de los Papas del mismo siglo no estaban más adornados (véase esta estatua, grabada en nuestro artículo *Imágenes*, página 370).